

ANTONIO PITXOT

CONVERSACIONES CON
FERNANDO HUICI



ANTONIO PITXOT

SOBRE DALÍ

Conversaciones con Fernando Huici March

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Antonio Pitxot Solé, 2014

© Fernando Huici March, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Fotografías del interior: archivo de Antonio Pitxot

Primera edición: mayo de 2014

Depósito legal: B. 7.316-2014

ISBN 978-84-08-11372-0

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Índice

<i>Prólogo</i>	9
1. Una familia de artistas	13
2. Dalí y el clan de los Pichot	21
3. Los Dalí	31
4. Formando a un cómplice	43
5. La génesis del museo teatro.....	55
6. Devociones dalinianas	69
7. Dalí y el arte de su tiempo	77
8. Dalí íntimo	91
9. Perfil de Gala	107
10. El síndrome de Dalí	121
11. Palabras para Buñuel	135
12. Teatros de la memoria	147
13. Dalí múltiple	155
14. Dalí y la ciencia	163
15. Un museo en marcha	173
16. El ocaso del genio.....	189
17. El museo hoy	201

CAPÍTULO I

Una familia de artistas

FERNANDO HUICI MARCH: Aunque tu relación con Dalí sea, ante todo, una amistad personal muy estrecha entre dos artistas, con afinidades estéticas e intelectuales manifiestas, dicha relación no se entiende bien en sus entresijos y matices más íntimos si no se sabe quiénes fueron, en la generación anterior a la tuya, el clan de los Pichot y la profunda influencia que éste había de ejercer en el Dalí adolescente.

ANTONIO PITXOT: Está bastante bien documentada toda la historia de la familia y de esta casa en la que estamos. Con frecuencia ha sido citada como la casa del arte, por la que han pasado tantos visitantes ilustres, desde Albéniz y Granados, hasta Picasso, desde inicios del siglo xx.

HUICI: Es un hecho bastante inaudito, una generación de hermanos con tantos talentos artísticos de talla.

PITXOT: Sí, sí, es algo irreplicable. Fueron siete hermanos, entre los cuales hubo un pintor, dos músicos, una cantante de ópera... El mayor de todos era Pepito Pichot, que era un gran diseñador de jardines. Y realizó bastantes en Cataluña; entre ellos, el parque municipal de Figueras, que es precioso, y donde todavía hoy hay una piedra que recuerda a su autor, José Pichot Gironés.

HUICI: Tanto Dalí como Pla afirmaban que, en el fondo, era el más artista de todos los hermanos.

PITXOT: Dicen que todos los Pichot eran artistas pero que el más artista de todos era el que no ejercía como tal. Pepito Pichot era, por formación, un hombre de leyes. Había sido no sé si abogado o procurador, pero abandonó el mundo de las leyes cuando tuvo que intervenir en un desahucio. El propio Dalí comentaba ese hecho. Un día tuvo que hacer un desahucio y lo encontró tan injusto y tan inhumano que dijo: «Me retiro». José Pichot era íntimo amigo del viejo Salvador Dalí Cussí, el notario y padre del pintor. Juntos habían estudiado Derecho en Barcelona y eran como uña y carne. Hasta el extremo, dato que es bastante elocuente, de que, tras ganar las oposiciones, a Salvador Dalí padre le ofrecieron varias opciones para instalarse como notario, y escogió la de Figueras, precisamente para poder estar cerca de su amigo Pichot, en lugar de permanecer en Barcelona o en otra población de mayor relieve. A ese punto llegaba la relación. El viejo Dalí y mi tío Pepito estuvieron ligados toda la vida por una profunda amistad...

HUICI: Dalí apreciaba mucho esta amistad de su padre con tu tío Pepito.

PITXOT: Ya lo creo. Incluso me llegó a decir, con todo su sarcasmo, que debían de compartir a una amiga en Port Bou, a la que regalaban y vestían con puntillas que traían de Holanda, y cosas así...

HUICI: ¿No es un jardín de Pepito Pichot el que aparece en aquella filmación de Buñuel donde se ve al padre de Dalí comiendo erizos?

ΠΙΤΧΟΤ: Sí, sí, es una filmación que hizo Buñuel, con unos metros de negativo que le sobraron y, en lugar de guardarlos, decidió aprovecharlos para rodar al notario Dalí comiendo «garrotas». El viejo Dalí era muy apasionado. Yo le conocí, y le recuerdo perfectamente. Era un hombre vehemente, corpulento e intolerante, no te puedes imaginar hasta qué extremo. Presenció un día una bronca terrible que le echó a una pareja de la que después yo me hice muy amigo... Él fue más tarde un dentista distinguido de Barcelona y ella era una chica encantadora. Él se había comprado una Montesa y llevaba a su novia en la moto. Iban en traje de baño porque regresaban de bañarse. Salió el padre Dalí de su casa, los paró y les echó una reprimenda como si fuese Savonarola: qué desvergüenza, qué falta de pudor... Yo estaba presente. Fue tremendo. Eran otros tiempos, claro.

HUICI: Hemos hablado de Pepito; luego estaba Mercedes...

ΠΙΤΧΟΤ: Mercedes es la que se casa con Eduardo Marquina, el poeta. Marquina nació en Barcelona, en el carrer Montcada, que es donde vivían los Pichot en aquella época. Vivían, puerta con puerta, en el número 21, justo donde ahora está el Museo Picasso. De hecho, ambas familias vivieron en la casa que hoy alberga el museo y de ese trato de vecindad surgió la relación de Eduardo Marquina con Mercedes Pichot.

HUICI: Y con Ramón.

ΠΙΤΧΟΤ: Y con Ramón, el hermano pintor; se tenían también un cariño tremendo. Ramón abandonó muy joven Barcelona y se fue a París, a vivir su bohemia.

HUICI: Había estado en la Colla del Safrà.

PITXOT: Así es, junto con Nonell, Casas, Vallmitjana y Mir. Lo del *safrà* es porque pintaban con amarillo, que les daba ese tono azafranado. Hacían una pintura muy libre de color y expresión.

HUICI: Y dices que se marchó a París muy pronto.

PITXOT: Sí, y ya vivió siempre allí. De hecho, la historia de mi familia es tremenda porque mi abuela, que se llamaba doña Antonia y tenía un empuje extraordinario, al ver que, de los hijos, uno era pintor, la otra iba para cantante y, de los dos pequeños, uno era violinista y el otro violonchelista —el violonchelista era mi padre— decidió que lo mejor era que se fueran a un centro donde el arte tuviera promoción y un buen clima ambiental. Así que alquiló una villa en las afueras de París, en Neuilly Sur-Seine, frecuentado por todos los artistas del momento. Hay postales desde esa dirección dirigidas a familiares míos.

HUICI: Lo que no deja de ser curioso, porque tu abuelo era importador de coloniales.

PITXOT: Empezó de la nada, como empleado de una empresa de coloniales muy importante de Barcelona que se llamaba Vidal y Rivas, de la cual llegó a ser gerente. Era una empresa de esas que en Barcelona había cuatro o cinco y eran los verdaderos impulsores de su pujanza. Fueron los indianos de la época, verdaderamente ricos, los que crearon la vieja y gran Cataluña, pues eran los que aportaban dinero y tenían las grandes ideas empresariales.

HUICI: Pero es curioso, insisto, que salgan tantos artistas de una familia dedicada al comercio.

PITXOT: Y todos con vocaciones muy determinantes y con una dedicación y entrega total a ello.

HUICI: Uno de los hermanos, sin embargo, muere muy joven, en Cuba...

PITXOT: Se llamaba Antonio. Tuvo una cierta leyenda negra dentro de la familia, algo asociado al juego, a la droga y otras cuestiones... Posiblemente se fue a Cuba exiliado, huyendo de alguna historia, ¿comprendes? Y, en efecto, murió muy joven. Todos los hermanos hablaban de él con tristeza. Siempre acababan diciendo que era muy guapo. Y contaban que se paseaba por el paseo de Gracia con un landó lleno de señoras, lo cual lo hace, aparte de todo, simpático... Después está la famosa María Gay, que se llamaba María Lourdes y se casó con Joan Gay, el compositor, que fue su Pígalión y le enseñó a cantar. Cuando empezó, desafinaba como un cangrejo. Cantaba en el orfeón o la coral de Barcelona que dirigía Gay, y dicen que nadie quería cantar a su lado porque su voz era vigorosa y desafinaba, arrastrando a los demás. Pero Joan Gay se dio cuenta de que era una contralto importante y la formó. Le enseñó, por ejemplo, a recitar y a canturrear la ópera *Carmen* de arriba abajo. Y un día ella, que tenía unas agallas tremendas, se presentó en Bruselas, en el Teatro de la Moneda, donde había habido no sé qué hueco, y les dijo: «Soy la más famosa intérprete española de *Carmen*». La creyeron y, en el momento en que se abrió el telón y ella tuvo que salir a cantar la primera aria de la reyerta de cigarreras a las puertas de Sevilla, fue y le dijo al empresario: «No he cantado en mi vida, ni sé lo que es pisar un escenario... Así que todo ha sido un montaje, quiero que lo sepa; decida usted lo que hago». El empresario belga, muy sensato, dijo: «No, no, lo tengo muy claro». Le dio media vuelta, le arreó una patada en el trasero y la empujó hacia el escenario.

Salió dando tumbos, y creo que cantó con un vozarrón tremendo. Y al día siguiente apareció en las notas de prensa: ha cantado una eminente cantante española, eminente entre paréntesis, de la que afirmaban, «*elle a chanté avec beaucoup de cheveux et de voix*» (ha cantado con mucho cabello y voz).

HUICI: Hay anécdotas geniales de María Gay, como la de México.

PITXOT: Esta de México me la contó Xavier Cugat, al que se la había contado ella. Durante el viaje en una *tournee* a la capital de México les asaltaron unos bandoleros de noche en pleno desierto. Todo un escándalo, la gente desmayándose, llantos, histeria... Mi tía, que era la única que hablaba español, como es natural, preguntó: «¿Qué pasa?». «Nosotros —le respondieron— queremos saber quiénes son ustedes y qué hacen.» Y ella, que era medio anarquista, porque tenía sentimientos un poco anarquistoides muy de ese momento, dijo: «Somos trabajadores del arte». «¿Y qué hacen ustedes?» «Cantamos ópera.» «¿Y eso qué es?» Mi tía les pidió que se sentaran en semicírculo y en silencio y les dijo: «Vamos a representar para ustedes en exclusiva ahora mismo una ópera». Los músicos sacaron los instrumentos, los cantantes se vistieron y presentaron dos o tres pasajes de *Carmen*, la habanera entre ellos, supongo, con tal éxito, creo, que los bandoleros se pusieron a aullar, a dar gritos y a pegar tiros al aire... Les dejaron seguir y, en el momento de despedirse, el jefe de los bandoleros se acercó a saludar a mi tía y le dijo: «Son ustedes verdaderamente artistas, quiero que sepa mi nombre, me llamo Panchito Villa», y añadió: «Cuando canten para el gringo, cuenten que primero han cantado para Villa». El gringo era el presidente que tenían en México en ese momento, Adolfo de la Huerta, y era por lo visto un loco de la ópera. De él se conta-

ban cosas como que si su secretario no le cantaba el prólogo de *I Pagliacci* no le dejaba despachar. Y él fue el que contrató a María Gay y a toda la compañía del Metropolitan para oírles cantar la ópera *Carmen* en México.

HUICI: Y no podemos olvidar a los dos hermanos pequeños, Luis, que era el violinista...

PITXOT: Y mi padre que era violonchelista. Mi padre era el pequeño. Luis era violinista. Según la leyenda de los Pichot, era el guapo y, de hecho, se casó con dos francesas, ambas ricas. Era un buen violinista y un hombre con grandes dotes para la enseñanza. Formó a muchos violinistas en Francia. Fue discípulo del gran violinista francés Jacques Thibaud, integrante del famoso trío Thibaud-Cortot-Casals, que eran los tres grandes divos de la época en música. De esos tres, Thibaud fue el maestro de mi tío Luis, y Casals lo fue de mi padre. Casals tenía dos alumnos predilectos, mi padre y Gaspar Cassadó, que fue un violonchelista muy notable. Mi padre había sido, con quince años, primer premio del Conservatorio de París, lo que tiene mucho mérito. Empezó a estudiar con Joseph Salmon en el conservatorio, pero cuando le dieron el premio a los quince años mi abuela dijo: «Esto no basta, ahora tiene que trabajar con el mejor violonchelista del mundo». Ése era Casals. Con Casals tuvieron una relación muy estrecha, y estuvo varias veces en esta casa de Cadaqués. Una vez, cuando mi padre tenía ya diecisiete años, Casals le dijo: «He pensando que empiezas a tocar ya con mucha corrección, con mucha serenidad y con mucho tono, pero te falta una cosa: tocar pensando en que te escucha alguien, que es bastante más terrible de lo que te crees. Yo, cuando salgo a escena y a pesar de quien soy, los primeros dos minutos la gente cree que me hago un tipo raro, y es que no sé ni cómo me llamo... Para dar

ese paso nada mejor que un café concierto. Te he contratado, en el Café de los Italianos, en el Boulevard des Italiens en París, un café concierto muy bueno. Y tocarás arriba con un piano y un violín». Pero, a veces, en los apartados del café, unos lugares cerrados por un biombo, hay parejas que solicitan que uno de los músicos toque para ellos una pieza especial. A mi padre, que, con diecisiete años, era ya muy dispuesto, le pareció bien. Y estaba tocando cuando el camarero se acercó y le dijo que de uno de esos apartados habían solicitado que el violonchelista les interpretase una pieza, algo de Mendelssohn, creo. Mi padre me lo contó con multitud de detalles. Me dijo: «Yo fui para allá a tocar pensando: “Tras ese biombo habrá un tío con una querida, voy a tocar con brío, a ver si me cae una propina”». Se puso a interpretar la pieza con cierta ligereza... Y estaba tocando, cuando por detrás le pegaron dos tirones de orejas que lo levantaron del asiento. Era Pablo Casals, que estaba tras el biombo, y le dijo: «No hace falta que me expliques lo que has hecho porque lo sé perfectamente. Has pensado que aquí había un idiota escuchando, y has dicho voy a endulzar, a dulcificar a Mendelssohn. Y eso no se puede hacer; el arte es indestructible y es uno. No se puede modificar nunca el tono, ni la calidad, ni la categoría de un creador en beneficio de un resultado para ti». Le soltó una bronca impresionante, y mi padre siempre decía que era la lección más grande de ética que había recibido en toda su vida.

HUICI: Qué curioso.

PITXOT: Justo ahora estoy trabajando en una serie de cuadros que gira en torno a esta idea. Aparece un retrato de mi padre, hay un violonchelista de piedra, también un biombo y un personaje de piedra que es la memoria en el pedestal de la melancolía.